



REVISTA DE LA SOCIEDAD ECONOMICA SEGOVIANA DE AMIGOS DEL PAIS.

AÑO V. SEGOVIA 30 DE ABRIL DE 1880. NUM. 6.º

SUMARIO.

Informe de la Sección de Beneficencia y asuntos generales sobre el tema. «¿Puede considerarse la guerra como un medio de civilización y de progreso para los pueblos atrasados?».—Voto particular sobre este tema por el Vocal de la Sección D. Antonio de Ochoa.—Sección bibliográfica.—Suelos.

TEMA.

¿Puede considerarse la guerra como un medio de civilización y de progreso para los pueblos atrasados?

En la Junta general del día 15 del actual se dió cuenta del informe de la Sección de Beneficencia y asuntos generales sobre el tema expresado y de un voto particular sobre el mismo, emitido por el vocal de la expresada, D. Antonio de Ochoa y se acordó la impresión de ambos trabajos para que conocidos por los Sres. Sócios, puedan tomar parte en la discusión que sobre ambos tendrá lugar el día que se anunciare al efecto.

INFORME.

Honrado por la sección de Beneficencia y asuntos generales con la misión de vocal ponente al tomarse en consideración el tema segundo de los dos propuestos, que dice: ¿Puede considerarse la guerra como medio de civilización y de progreso para los pueblos atrasados?, cumple á mi deber consignar en primer término, la gratitud á tan inmerecida confianza, y en segundo pedir indulgencia para cuantas faltas se encuentren en este trabajo, de por sí árido y difícil, no ya para quien carece de las dotes necesarias al desarrollo de todos en general, si que también para las mas privilegiadas inteligencias, versadas en esta clase de memorias.

¿Puede considerarse la guerra como un medio de civilización y de progreso para los pueblos atrasados?

Antes de desarrollar el enunciado tema, presentaremos unas ligeras ideas de las dos escuelas en que naturalmente se dividen los pensadores sobre la filosofía de la guerra. Los que la consideran como un azote de la humanidad creen, á nuestro juicio con criterio demasiado optimista, que las guerras terminarán en un plazo mas ó menos lejano; en tanto que los partidarios de la contraria escuela opinan que las guerras serán eternas. No hay para que demostrar la importancia de semejante divergencia de opiniones, porque, si efectivamente, la guerra ha de terminar, si quizás nuestra gene-

ración ha de saludar los albores de la paz universal, si en lo sucesivo ha de realizarse aquel idilio en el que *todo sea paz. entonces, todo amistad, todo concordia* la actividad intelectual de la colectividad militar dedíquese á mas provechosos estudios, concrete los conocimientos adquiridos al aprendizaje del servicio de guarnición, puesto que para siempre va á cerrar sus puertas el templo de Jano.

Pero si, por el contrario, las guerras han de ser eternas en la humanidad, si la idea de la guerra ha de flotar constantemente sobre las aguas del diluvio que ahogue todas las ideas civilizadoras, y si entre las ruinas de la civilización ha de brillar como aquellas lámparas de eterna luz, halladas en los sepulcros antiguos, es indispensable que el estudio en tiempo de paz nos prepare para la guerra, y que las enseñanzas útiles de la guerra nos suministren abundante cosecha de meditaciones en tiempo de paz. para elevar progresivamente el edificio de tan infinita ciencia, en la que los errores se escriben con sangre sobre la conciencia de quien los comete.

¿Por qué no confesarlo? ¿somos partidarios de la segunda escuela y he aquí las razones en que fundamos nuestra opinión?

La guerra es un estado anormal de una parte de la humanidad sin la cual no existía la normal. Es un providencial decreto, una parte armónica con el todo, llamado creación, y que entraba ya en el plan divino.

Si la guerra cesara, si la paz fuese absoluta, en este caso el plan divino, en el cual ni un solo átomo puede suprimirse, ni una sola ley anularse ni un solo sentimiento extinguirse, ni un solo dogma borrarse; ese plan, falto de equilibrio, perdida su armonía, se tornara la mas horrible de las monstruosidades. Habría escasez, plétora de vida, y esto transformaría el orden regular de la naturaleza, por que es indudable, que los mismos hechos que se verifican en la humanidad en conjunto se realizan en el individuo, que no en vano es un cosmos abreviado, y paralelamente, los mismos fenómenos que se manifiestan en el mundo moral se realizan ó se reflejan en el de la materia.

La guerra existía; existe al presente y existirá á través de las futuras edades sean cuales fueren las leyes, las costumbres, las instituciones y los dogmas, esas cuatro bases que, cuando son respectivamente justas, buenas, arregladas al derecho y basadas en la fe, constituyen el mas sólido apoyo de toda sociedad bien organizada.

La guerra existió por que la Historia, que no es otra cosa que la narración de las guerras de la humanidad y de las consecuencias de esas, nos lo acredita, y como la enseñanza histórica es maestra del porvenir, puede deducirse que la guerra también existirá.

Pero, veamos, recorriendo la escala gradual de Dios al hombre y del hombre hasta lo inanimado, abarcando por consiguiente la manifestación de la guerra en el mundo moral y en el de la materia, como se presenta esta; examinemos los resortes que la mueven, y si estos subsisten siempre y se

reconocen los beneficios que produce á la humanidad, aunque se horroricen los filántropos, quedará demostrada su eternidad relativa á la duración del mundo.

El caos, antes de la creación, recibió de Dios la primera declaración de guerra. Aquel desorden, muy semejante á una batalla, fué vencido, pero recibió del vencedor las leyes; de su voluntad, la forma; de su palabra, la luz; haciendo de él, lo que el conquistador del pueblo vencido.

Rebélase Luzbel contra Dios; y he aquí la segunda declaración de guerra, dando lugar al épico poema que constituye la gloria de Milton. Trata Adán de igualarse á Dios; y he aquí la tercera guerra en que el vencido es arrojado de su dominio por la espada del ángel. A partir de aquí, vemos constantemente que la infancia de las naciones es guerrera; que Hercules pasea por la tierra su terrible maza, cetro de la fuerza, y su manto cortado de la piel del Leon, símbolo del valor.

A medida que las naciones progresan y á pesar de que sus costumbres se durifican, la guerra progresa también; y Cesar es la manifestación del genio guerrero del imperio romano, como Atila el actor inconsciente de un providencial papel. Carlomagno la personificación del espíritu de conquista, y Napoleon, el apostol armado, digámoslo así, para imponer el progreso, tan latente como la guerra en el corazón de las naciones, y todos tienen un fin, desempeñan un papel, todos poseen un enlace armónico, que ellos no comprenden, pero que la Historia revela.

Tras de la guerra internacional viene la nacional, que otros llaman guerra civil, fundada, casi siempre, en el choque de dos cabezas que no caben en el mismo aro de una corona. Segun Victor Hugo, todas las guerras son civiles, porque todos los hombres somos hermanos; bellissimo pensamiento, que no impide la continuación de las guerras á través de los dogmas de la fraternidad. Vienen despues las guerras de provincia; alzamientos, motines, tumultos, asonadas, insurrecciones, guerra de calles, mas mortífera, á veces, que la de campo, y que causa la desesperación de los tácticos.

Mas no se detiene aquí la guerra y llega todavía al bandolerismo, ó sea la guerra á la sociedad. Habrá quien no quiera considerarla como guerra noble, porque su móvil es la codicia y su medio el crimen; pero preciso es que convengan con Lessing en que «las guerras de conquista son grandes robos en cuadrilla, y no hay diferencia alguna entre conquistar un reino ó conquistar una diligencia».

No olvidemos la guerra de individuo á individuo, que se llama duelo y observemos un hecho. A medida que en las guerras modernas el número de combatientes va en aumento, el número de duelos que en la sociedad moderna se verifican va en disminución. Así; en esa constante guerra del mar sobre sus orillas se observa, que en ciertas costas va perdiendo terreno, pero lo va ganando en otras, porque como hemos dicho antes, hay un misterioso paralelismo entre los hechos del mundo físico y del

mundo moral; y como diremos despues todo está en guerra en la naturaleza.

No tratamos de analizar la esencia del duelo, sus leyes en oposicion á las del legislador, y las pragmáticas publicadas contra el. Esta hoguera de la ira, alimentada por el fantasma del honor, va lentamente estinguendose como costumbre; pero, como guerra, en cualquier forma renacerá.

Veamos ahora los resortes que mueven las diversas manifestaciones de la guerra, que dejamos consignadas, y juzguen en conciencia los optimistas, dichosos por que todo lo ven de color de rosa, si la guerra puede terminar.

La guerra internacional no tiene en nuestro concepto mas que dos causas. La conquista ó el honor de una nacion ofendido por otra. En el primer caso no se debe vacilar en decir que es un robo en gran escala. En el segundo, un gigantesco duelo. A pesar de las conferencias y de los tratados, las naciones hallan el medio de hacerse la guerra; y en tanto no desaparezcan del humano corazon el espíritu de conquista, el desmedido amor propio, y el deseo de ensanchar fronteras á costa de las del vecino ¿podrán terminar las guerras?

Y en tanto que haya hombres que deseen usurpar un trono y poderosos partidos que anhelan una forma de gobierno ¿puede cesar la guerra civil? Y mientras estos partidos luchen entre si para ocupar el poder, dirimiendo en las calles la contienda ¿cesarán para siempre los públicos desordenes y las terribles barricadas? ¿Y que diremos del duelo? En tanto el hombre dulcifique sus costumbres, podrán disminuir los desafios; pero mientras que en el corazon del hombre triunfe la amargura de las ofensas sobre la duizura de las costumbres ¿podrán estinguirse radicalmente los duelos? Ved aqui el enlace A la guerra por conquista en la humanidad, corresponde en el individuo el bandolero, como á la guerra por honor el duelista. Son identicos caracteres.

Pero, para probar que la guerra durará tanto como el hombre, que está encarnada en su manera de ser, en su intima esencia, no hay mas que observar que reviste las mismas formas de su estado, creencias, y pasiones, como si su guerra interior individual de que hablaremos, se reflejara al exterior de una manera colectiva. El hombre es religioso y pelea por causas religiosas, como en las guerras de religion en Alemania, cuando los Anabaptistas quedaron encerrados en Munster; en las Cruzadas predicadas por Pedro el Hermitaño; en la derrota de los Albigenses ó en la noche de San Bartolomé. Tiene amor al traje nacional, y de ahí el motin contra el Principe de Esquilache, uno de tantos hombres cuya suspicaz desconfianza era la moneda falsa del talento. Es campesino y de ahí la guerra de los campesinos en Francia. Es trabajador y de ahí las huelgas, guerra pacífica al capital, pero paz mas temible que la espantosa calma del Oceano para los buques de vela. Es estudiante y de ahí las insurrecciones universitarias. Es político y de ahí los pronunciamientos.

Los que consideran la guerra en abstracto creen

muy facil estirparla como si la humanidad fuera una viña y la guerra su oidium; mas olvidan quizás que tambien el médico cura una enfermedad en un individuo pero no puede evitar que se reproduzca en otro. ¿Cuántas paces no ha habido durante el trascurso de nuestro siglo? O por mejor decir ¿cuántas guerras? ¿Y el hombre mismo no lleva dentro de sí una guerra eterna? Lucha de sus pasiones contra su razon. Lucha del amor contra el deber. Lucha del interés contra la conciencia. Lucha del egoismo contra la caridad. Lucha del valor contra el espíritu de conservación. Lucha con las preocupaciones si se llama Feijóo. Lucha con la rutina si se llama Jaquard. Con la ignorancia si Colon. Con el rayo si Franklin. Con el vapor si Fulton. Con su generacion si es un genio. Con la ingratitud si es un bienhechor. Con el desden si ama. Con el amor si odia. Con la envidia si nada posee. Con los envidiosos si es rico. Con la felicidad que no halla en la tierra. Con la justicia que solo espera del cielo. Luchan las pasiones de su alma contra sí mismas; y como ser sociable con las de la sociedad; y lucha con el mundo material, con los elementos, con las fieras, con los insectos, y hasta con las espinas de la rosa, que le enseñan los dolores de la guerra bajo los bellos colores de la paz.

La guerra es un hecho universal, latente en la creacion y lo mismo se manifiesta en la sociedad que en el individuo, así en los seres orgánicos como en los inorgánicos, igualmente en los animales que en las plantas ó metales. ¿Cuándo dejarán de estar en guerra con el hombre el leon, la hiena, el tigre, el oso, el chacal y tantos otros que seria prófijo enumerar, contando los reptiles é insectos de mordedura ponzoñosa ó de inflamatoria picadura? ¿Cuándo habrá paz entre el gavilán y la paloma, el lobo y el cordero, el ratón y el gato, la araña y la mosca? ¿Cuándo dejarán de herirnos el cardo, la ortiga, la zarza y el abrojo, plantas por otra parte útiles, como la guerra lo es á la humanidad?

¿Cuándo el opio, el hongo, ciertos ácidos y muchas sustancias dejarán de ser venenos? ¿Cuándo ciertos componentes químicos dejarán de atacar á otros? ¿Cuándo el agua dejará de combatir el poderío del hombre, con peligrosas marejadas, el viento de conmover los mas sólidos edificios con espantosos huracanes, el fuego de aniquilarlo todo con su devoradora llama, y la tierra de revelarnos su poder con formidables terremotos? ¿Cuándo dejarán tambiea de luchar entre si los elementos? Nuestra vida misma es una imagen de la guerra. La eterna destruccion sirve á nuestra conservación y se ve por todas partes la guerra. Solo guerra se observa en derredor nuestro; y semejante al matemático que en todo cree hallar los axiomas de su ciencia, se halla por todas partes el convencimiento, matemático tambien, de la eternidad de la guerra. ¡Admirable sabiduria que sintetiza la guerra en la paz condensa en armonías normales, los anormales desórdenes, y equilibra todo, construye con los restos de las destruccion y anima la vida material y moral de la humanidad con el soplo mortífero de la guerra universal.

No se comprende la paz eterna, ni el progreso constante sin la inconstancia de la paz; porque de la inmovilidad de forma del átomo, á la inmovilidad de concepción en la idea habría un fondo uniforme: la humanidad, digámoslo así, no se movería de su lugar, no progresaría y si las guerras no hubieran entrado en el plan divino, la humanidad las hubiera inventado. Buena prueba de ello es, que no habiendo podido inventar la guerra, á lo menos ha inventado la pólvora; y no satisfecha con hacer la guerra por su cuenta y forjado sus armas, asoció á sus empresas las fuerzas de los animales; así vemos al perro servir de vigilante, á la paloma de correo, al mulo para conducir cañones, al elefante para sustentar torres, al caballo para sostener guerreros, al buey para arrastrar convoyes, á la zorra para incendiar las mieses del campo filisteo y á los rebaños de todas clases para racionar los ejércitos.

Las guerras no terminarán; podrán dulcificarse las costumbres, y, apenas terminada una, ya vemos en el horizonte de la política exterior surgir la alborada de otra nueva. También con el cólera que es la guerra providencial del espacio se toman científicas precauciones, y sin embargo apenas desaparece de un clima, se presenta en otro la epidemia.

No se nos diga que dulcificándose las costumbres los hombres serán mejores. Las vestales, las matronas y las esposas de los senadores, patricios y caballeros de la antigua Roma, iban al Circo para contemplar las académicas y bellas actitudes en que morían cien gladiadores desnudos, y los hombres formales de nuestros días, á quienes repugna, según dicen, la mas pequeña falta al pudor han inventado las amatralladoras y los torpedos y perfeccionado la dinamita, por que la guerra, como ineludible necesidad de la naturaleza, como ley del Creador, se cumple y realiza en toda la esfera de acción de nuestro planeta, y en tanto que bajo las aguas el pez mayor devora al menor, se destruyen en la superficie los humanos.

El hombre tiene en si mismo y lleva á la colectividad el instinto de conservación; y solo así se comprende que aquello que considera como un mal y, por otra parte, está convencido que es inevitable, ya que no lo puede extirpar, lo reglamenta someténdole á leyes, siendo lo mas notable, que desde que le señala Leves, no de duración, sino de acción, le torna en un bien. El no puede impedir la guerra, pero enseña al soldado la manera de defender la frontera de su país, pues la guerra es justa para quien sintiéndose atacado, defiende su hogar.

Todos los espíritus frívolos, que acojen las ideas sin examen y las propágan con tono magistral afirman que el progreso en las armas concluirá por extinguir la guerra, y no consideran que cuando se peleaba al arma blanca se causaban y recibían muchas heridas, pero el número de combatientes era infinitamente menor que el de los que toman parte en una batalla moderna, como puede verse, comparando por ejemplo, la de las Navas de Tolosa con cualquiera de las de la guerra franco prusiana.

Hoy duran menos los cercos, menos los comba-

tes; pero en cambio el número de combatientes es mayor. Hoy no se inmola á los vencidos, las ambulancias de la cruz roja recojen y cuidan heridos, el saqueo solo se autoriza en raros y justos casos; pero, en compensación, la artillería, la caballería, la infantería, es decir, el cañon, la carga y el fusil han recibido en su perfeccionamiento tales impulsos que antes que terminar las guerras amenazan mas bien terminar con la humanidad. ¿Son pues síntomas de que terminen las guerras, los inventos que diariamente se presentan, tan mortíferos algunos, que hielan de estupor? ¿Son señales de que la guerra termine esa diversidad de colores que forman los uniformes de la paz armada? ¿que fortalezas se derriba? ¿Qué nitroglicerina se destruye? ¿Que soldados se desarman para reducir ejércitos? Cuando se cierra el templo de Jano.

Aun concediendo que el progreso hiciese la guerra innecesaria, puede afirmarse que este estado no sería continuo. Las naciones dejenan, decaen, su civilización naufraga, y adios esperanzas de paz. Las naciones en su infancia ó en su decadencia son guerreras siempre como ya hemos antes dicho.

¿Cómo han de cesar las guerras si existen aun en las instituciones y en las ideas? El protestantismo odiará siempre al catolicismo, se harán guerra entre si las órdenes monásticas; y se unirán luego para hacer guerra al clero secular; tendrán las Cámaras mayoría y oposición; luchará la nobleza por sus privilegios contra la clase media y su poder.

El campo de batalla de las ideas tiene tambien sus cadáveres; y al decir Jesús que habia venido á poner guerra, hablaba bien cuerdamente, porque el espiritualismo cristiano habia de luchar necesariamente con el sensualismo de los Dioses paganos; y los cadáveres de esta lucha son los sistemas filosóficos de cínicos en Diogenes, y estoicos en Zenon. El símbolo arquitectónico y los geroglíficos de las catedrales son los cadáveres de su lucha con el libro, cuando V. Hugo dice «esto matará á aquello». El hebreo, el griego y el caldeo con cadáveres de las lenguas antiguas en lucha con las modernas de origen latino y germánico; y la Edad media no es mas que un gigantesco cadáver, cuyo corazón está traspasado por la cómica lanza de Don Quijote.

La guerra está tan encarnada en el corazón del hombre, como ya hemos dicho, que nunca adopta un partido sino á condición de hacer la guerra al otro. El bandido lucha contra la ley. El pleiteante contra el derecho. La cortesana contra el pudor. El abogado por la interpretación de la ley. El médico contra las enfermedades. Estas contra la naturaleza. La materia contra el espíritu. El espíritu por llegar á conseguir el verdadero conocimiento de Dios. ¿Cuándo terminará esta guerra? Cuando exista una generación de ángeles que profese el quietismo contemplativo, y no haya de luchar con las necesidades materiales.

En las páginas de la Biblia vemos, que la guerra se manifiesta por la inspiración de Dios. En las tribus bárbaras se ven sus guerreros, Moises y Mahoma hicieron sus prosélitos. Dios por altísimo, ha-

brá puesto para algo el entusiasmo en el corazón del hombre.

¿Y qué instinto dice á los pueblos, que la guerra es un interminable decreto de la Providencia, cuando creen leer su centelleante anuncio en los fulgores de los cometas, misteriosos viajeros del firmamento?

Llegamos á la última parte de nuestro trabajo, la que contiene esencialmente el tema propuesto; á la demostración de que *la guerra es civilizadora*. Hemos evidenciado durante lo anteriormente espuesto, thesis tan probables y tan hasta el extremo probadas, que es imposible presentar en ellas nuevos argumentos.

Valgan las espuestas como la recopilación de una serie de razones dispersas acá y allá, y, aun cuando las creamos suficientes, séanos permitido concretarlas para mayor claridad.

La guerra es civilizadora por que lleva á otras razas, á otros pueblos y á otros climas, los pensamientos, los adelantos, las artes y hasta las costumbres, ora del país de donde los combatientes vienen, ora del que conquistan. al regresar los conquistadores; y este flujo y reflujo de ideas, esta renovación de pensamientos, este comercio intelectual, solo el movimiento guerrero, que se verifica en grande escala, puede proporcionarlo.

Si no hubieramos estado en guerra con los Romanos, no tendríamos los asombrosos monumentos que nos dejaron: en las sostenidas con los Cartagineses aprendimos el comercio; en la sangrienta dominación Arabe, floreció nuestra agricultura. Nosotros á nuestra vez estendimos la civilización, haciendo oír la voz de nuestros misioneros y el canto de nuestros poetas, en los bosques vírgenes de América, recorridos por las victoriosas armas de la amada patria; así como los Franceses han civilizado parte de Africa, y los Ingleses la India, de cuyas factorías han nacido los poderosos centros de comercio que allí tienen, y de sus colonias del Norte de América, los Estados-Unidos, esa nación que hoy marcha á la cabeza del mundo civilizado. Países que antes eran habitados por hotentotes y antropófagos han cambiado, gracias á la guerra, la danza del salvaje, por el baile de sociedad, la piragua por el barco de vapor, y el grito del caribe, por el silbido de la locomotora; concluyendo la imprenta de campaña por quedar allí, como elocuente muestra del progreso que en sí la guerra lleva. Napoleón pasa al Egipto con su ejército, y el célebre Instituto de París traduce hoy, en una singular riqueza de científicas investigaciones, el hecho civilizador de aquella guerra. Cuando terminó en España la invasión francesa, se observó, como afirman escritores contemporáneos, que se había progresado, que todos los cerebros tenían mas tendencia á pensar; que había habido un elemento extraño, pero positivo, de progreso, mezclado al elemento propio, y que la nación, terminada aquella crisis, sentíase mas vigorosa y robusta.

Francia, que creía haber llegado al máximun de civilización, conoce en la guerra con Alemania cuanto la faltaba que aprender y siente afán de es-

tudio y una necesidad de mejorar, desde sus instituciones políticas hasta sus costumbres, que seguramente no habria experimentado si nó llevara en sí, como lleva, algo del espíritu alemán. Por lo demás, la caída de Napoleón tercero prueba la inmensa utilidad de la guerra, rectificando el error del plebiscito. El que no sabe defender su patria, si es soldado deshonra su fusil; si es emperador, su cetro.

Mucho podríamos estendernos en largas consideraciones históricas para probar que la guerra es un *elemento* civilizador. Recordariamos que Ambrosio Paré, cirujano de guerra de Francisco 1.º, verificó por primera vez la ligadura de las arterias; que en las expediciones militares de otros tiempos, sin telégrafos, imprenta y correos, nunca faltaba un cronista militar como Freilla, Camoens, Cervantes, Garcilaso, Gutierre de Cetina, etc. etc. que ya en prosa, ya en verso, ora manejando la espada, ora la pluma, tan pronto defendía los sagrados intereses de la patria, como legaba á la posteridad, con sus escritos, el recuerdo de las heroicas hazañas de nuestros ilustres progenitores; que la navegación, en cuanto á sus adelantos, debe mucho á las empresas marítimas armadas; que la paz eterna seria un *elemento* de molición é ignorancia, y que del mismo modo que el polen de la palmera vuela en alas del viento, así tambien la civilización camina en alas de la guerra.

Antes de terminar séannos permitidas dos palabras, para que no obstante cuanto llevamos dicho, nadie pueda creer que sentimos cierta fruición de gozo en hacernos panegiristas de la guerra. Alegrarse de ver el extrago, el caótico desorden de la batalla, la sangre, las indescriptibles posiciones de los muertos y los mil estruendos del combate; sentir el placer en la matanza, la destrucción y la ruina; en la confusión horrible del momento, en el polvorin que vuela, en el armon que salta en pedazos, en el puente que se hunde, en la terrible sorpresa, en el peligroso monte ó en el terrible desfiladero coronado por los enemigos; creer que defendemos la batalla, cuando lo que demostramos es la eternidad de la guerra como idea y como hecho, seria no comprender cuánto llevamos dicho.

La guerra es el padecimiento de unos pocos, muy pocos, relativamente en aras de toda la humanidad. Si así no fuera, seríamos los primeros en declarar *guerra á la guerra*, como dicen los optimistas, describiendo lo que es un hogar apagado con las lágrimas de una madre.

Sentado el principio de que la guerra es lo anormal, de que tras las tinieblas ha de venir la luz; tras la tempestad el sol, y tras la tormenta, el iris; como tras el dolor, la alegría; tras el desaliento la esperanza, y tras la pena, el placer, parece inútil decir que concedemos, como el sabio de la Escritura Santa, que hay tiempo de sembrar y de recojer lo sembrado, tiempo de separar y de allegar las piedras, tiempo de guerra y tiempo de paz; y como la guerra, segun dice Cervantes, no tiene mas objeto que afirmar esa paz deseada, todo lo que de la paz hemos dicho, puede decirse de la guerra si fuese constante tambien, probando así la necesidad

moral de la paz, pero armónica con la guerra.

La clave segura para hacer la guerra con método y acierto es la ciencia militar, para organizar lo que no puede evitarse; impidiendo de ese modo mayores males, y para que, defendiendo heroicamente el suelo de la amada patria que nos vió nacer, cojamos del campo de la guerra la oliva de la paz, oliva bendita por el Señor, cuando el triunfador que ha pacificado su patria, oye una misteriosa voz que se repercute de siglo en siglo diciendo: *Gloria á Dios en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

Segovia 12 de Abril de 1880.

El Presidente de la Sección, *Estanislao Marañón*.—Vocal s: *Cosme Gil é Isabel*.—*Ignacio Arévalo y Benito*.—*Dámaso Bueno y Gutierrez*.

VOTO PARTICULAR

DEL VOCAL-SECRETARIO DE LA SECCION, D. ANTONIO DE OCHOA Y ALVAREZ.

Grata, gratisima impresion me ha causado la lectura del segundo tema, confiado para su desarrollo á esta *Sección de Beneficencia y asuntos generales*, por el Sr. Presidente de la «*SOCIEDAD ECONOMICA SEGOVIANA DE AMIGOS DEL PAIS*»; así que, desde luego, doy mis mas entusiastas plácemes al vocal ponente, mi queridísimo amigo y compañero, por su galana frase, por sus bellisimos conceptos, por sus delicados símiles; pero ¡ah! que apesar de todo este entusiasmo de que me hallo poseido, y comprendéis perfectamente mi sentimiento, no me es dado estampar, sin protesta, mi humilde firma, al pié de tan valioso y acabado documento literario.

Correcto y castizo lenguaje; periodos irreprochables; brillantes metáforas; oportunos, claros y novísimos pensamientos; afortunado desarrollo de las ideas que el ponente se propone para demostrar lo que á su escuela cumple, ¡lástima gran, de que no haya en sus razonamientos toda la verdad y solidez apetecibles, para que pudiera ser entonces, tan atildado escrito, en el fondo, como á mi ver lo es en la forma, modelo perfecto de *Filosofía de la Guerra*.

¿Sabeis lo que yo pensaba, cuando arrebatado, durante la lectura, por la armonía dulcisima del lenguaje, recogía, sin embargo, mi espíritu, para analizar los razonamientos á que tan bellas y escogidas frases servían de delicada envoltura?

¡Desgraciado, decia para mi, de aquel que, dejándose impresionar fatalmente por el sin igual decir de mi querido amigo, tome como artículo de fé, tome como acendrado oro, lo que solo de ley tiene una lijera capa! Porque verá, enseguida destrozado su corazon, muertas sus ilusiones, ante el negro, ante el pavoroso porvenir de la misera humanidad, como muere el infortunado que, perdido en el desierto, trata de recuperar sus fuerzas, descansando á la sombra mortífera de magestuoso

manzanillo; conque incitante le brinda engañoso oasis.

¿Pues qué señores, es posible que, siempre, por toda una eternidad, la guerra ha de seguir enseñoreada de nuestro planeta ¡Qué! ¡jamás la razon ha de lograr plaza en la tierra? ¿Porqué y para que, si la fuerza ha de ser el árbitro de los humanos destinos nos dió, entonces, Dios la inteligencia?

Pero no; no desconfiemos, no creamos quimérica ilusion la paz perpétua; que el mismo ilustrado ponente confiesa, si bien de una manera implicita, que la guerra ha de concluir.

En efecto, ¿qué argumento presenta el ponente para demostrar que la guerra será eterna? escuchadme, vereis que débil, cuán deleznable es.

«La guerra existió, dice mi querido amigo, porque la historia, que no es otra cosa que la narracion de las guerras de la humanidad y de las consecuencias de estas, nos los acredita, y como la enseñanza histórica es maestra del porvenir, puede deducirse que la guerra tambien existirá.»

Y, ¿Creeis posible, que, dados la vasta ilustracion y el envidiable talento del vocal ponente fuera á fundar sobre tan insegura base el grandioso edificio de su discurso, si hubiera la menor razon en que apoyarlo?

¿Qué diría mi distinguido compañero si, imitando su singular razonamiento, dijese yo, nuestros antepasados anduvieron sin vestidos porque la Historia nos lo acredita; y, como la Historia es maestra del porvenir, puede deducirse que nosotros andamos desnudos y nuestros hijos andarán en cueros!

A buen seguro que me replicaría, y con sobrada razon; verdad que la historia es maestra del porvenir, porque, poniendo de manifiesto los errores de nuestros padres, evita que en ellos caigan nuestros hijos; pero esto no quiere decir que lo que una vez ha sucedido sucederá siempre, antes bien, por el contrario, poniendo la historia de manifiesto las desgracias que á la humanidad ocasionan los hechos reprobados, las falsas preocupaciones ó los crímenes de cualquiera clase que sean, vá formando, poco á poco, *opinion* contraria á estos males, hasta que, al fin y al cabo, desaparecen; y como la guerra no puede defenderse en la serena region de los principios, pues aun sus mismos apologistas la condenan, llamándola Bossuet «*mal necesario*» definiendo Montesquieu el derecho de conquista «*derecho necesario, legítimo y malaventurado que deja siempre por pagar una deuda inmensa á la naturaleza*» y tronando despues en *El espíritu de las leyes* contra los ejércitos permanentes, apesar de creer que el estado natural de las sociedades es la guerra, y apellidándola Federico segundo de Prusia, no obstante defender la guerra y de asegurar que esta será eterna, *mal necesario que causa la desolacion del mundo*, y dando á los conquistadores el dicitario de *ladrones ilustres*, incluyéndose él en este fuerte y duro calificativo, pues que Rey conquistador era, resulta; que, contra lo que mi ilustrado amigo deduce, segun la historia, la guerra, mal por todos innegable, tiene que desaparecer.

No hay que extrañar, sin embargo, lo débil de los argumentos del vocal ponente. Las malas causas nunca pueden defenderse bien. Hasta ahora, y grandes talentos lo han intentado, nadie ha podido demostrar, de una manera convincente, ni el derecho, ni la eternidad de la guerra.

¿Sabeis en que funda Puffendorf su aserto de que la guerra es de Derecho natural y por lo tanto eterna? ¿No? pues oíd, «la guerra, dice, es de derecho natural, toda vez que la Naturaleza ha hecho á los hombres muy sensibles á las injurias, y pues que ha dado á sus manos suma flexibilidad y gran fuerza, á fin de que no sufran impunemente un insulto.»

¿Es esto serio? pero dejemos por ahora descansar á las Autoridades y volvamos á ocuparnos del tema que se acaba de leer.

Asegura el Vocal ponente, y conforme estoy con él, «que la guerra es un estado anormal de una parte de la humanidad» y bien, si el mundo progresa, y esto nadie puede negarlo, si la razon se va fortaleciendo, si la sociedad, como conjunto de seres indefinidamente perfectibles, es perfectible tambien ¿quien duda que tarde ó pronto, no importa cuando, pero algun dia, progresando siempre, llegará la humanidad á su estado normal, al apogeo de su perfectibilidad, es decir, á la anulacion, á extincion, mejor dicho, á la supresion de la guerra?

¿No nos dice nada sobre esto la historia, esa luz de los tiempos, esa maestra de la vida?

Dejemos á su lado las épocas prehistóricas ó fabulosas y veamos en nuestra patria, al periodo fenicio ¿que sucede á estos atrevidos navegantes, cuando quieren convertirse de mercaderes en conquistadores? tienen que luchar constantemente con los Iberos y nunca son dueños mas que del terreno que pisan.

Obligados por la fiereza de los indijenas, llaman en su auxilio á sus hermanos los Cartagineses que, traidores, vuelven sus armas contra los auxiliados, y, vencidos estos, siguen en no interrumpida guerra con los naturales del pais, hasta que Roma, avergonzada de haber dejado abandonados á sus aliados los Saguntinos, ó, mas bien, recelosa del creciente poder de Cartago, da principio á las guerras púnicas que concluyen en Zama, al ser vencido Annibal por Scipion el Africano; la dominacion romana es, sin solucion de continuidad, una serie de combates y batallas, con los Españoles primero, con los bárbaros despues; los bárbaros pelean mas tarde entre sí, y, cuando los Godos se creían ya señores de la Peninsula, llega la sangrienta epopeya contra los Arabes, en la cual, durante siete siglos, ni un solo dia deja de oirse en nuestra patria el sordo fragor del combate; los Arabes son al fin espulsados y las guerras siguen y siguen, sin interrupcion casi hasta nuestros dias ¿A que altura se encontraba entonces la ilustracion? ¿qué papel representaba hasta aquí la inteligencia?

Mas las ideas cambian; las ciencias van generalizandose, y las guerras, que, en el trascurso de los tiempos, habian ido perdiendo, paulatinamen-

te, su carácter feroz, se hacen menos continuas y hoy, preciso es confesarlo, estamos en un periodo de transicion, despues del cual ha de venir el reinado de la paz.

Y buena prueba de esto es, que la guerra, que ha tenido numerosos apologistas, hoy apenas encuentra tibios defensores, salvo en el caso de apellidarse de independencia, y aun así y todo, condenando el cúmulo de calamidades de que fatal y necesariamente se ve rodeada: vemos, pues, tendencia y tendencia marcadisima hacia la paz, y no hay que dudar que en un plazo, si largo para el individuo, para la humanidad corto, *el brutal derecho de la fuerza* ha de ser sustituido por *la sagrada fuerza del derecho*.

Y en nada se opone, seguramente, el reinado de la paz al plan divino del Creador, que, al fin y al cabo, es el Dios de amor, el Dios de paz, el Dios de misericordia. Creer que el plan divino perderia el equilibrio al suprimirse los crímenes, los robos, los incendios al por mayor, pues así ha calificado el ilustrado ponente de la Seccion de Asuntos generales de esta Sociedad, á la guerra, no diré que sea monstruosa heregia, porque conozco los sentimientos religiosos de mi querido amigo, pero permítame que crea que ha preferido la cadencia, la sonoridad de la frase al valor de los razonamientos; así que, periodos tiene su escrito, que, si son eminentemente vulnerables, encantan por su armoniosa estructura.

Pero demasiado sabe mi ilustrado compañero que es imposible que Dios contara con el crimen como elemento indispensable, como necesario equilibrio de su divino plan: no, Dios no puede contradecirse, jamás se ha contradicho, y, sea ó no crimen, la guerra, siempre sanguinaria, nunca pudo entrar en ese plan, como medio de progreso, para quien es la justicia suma; para quien todo es amor, amor y caridad; para quien, Juez indulgentísimo, dispuesto siempre á perdonar se halla; para quien, Dios de paz, rechaza la oferta que David le hace de erigirle un templo, porque aquel Rey *ha derramado mucha sangre y ha emprendido muchas guerras*, y elige para que le construya á Salomon, á Salomon *el pacífico*; para quien, amantísimo Padre, manda á su Unigénito á predicar la buena nueva entre los hombres por medio de la persuacion y, antes que hacer uso de su poder infinito para destruir á los verdugos de Cristo, permite que el Justo entre los justos muera en afrentosa cruz.

¿Pueden darse pruebas mas palmarias de que el hombre ha sido formado por su Creador para raciocinar, no para combatir? ¿Pueden aducirse mas convincentes pruebas de que el hombre ha sido creado para la paz, no para la guerra?

Si tal hubiese sido el objeto del Ser supremo, en vez de infundirnos ese *quid divinum* que á El semejantes nos hace, nos hubiera dado, no la flexibilidad en las manos como dice Puffendorf, sino el valor del leon, la fiereza del tigre, la fuerza del elefante, la astucia de la zorra, la agilidad del corzo, y, de este modo, reunidas todas estas cualidades, hubieramos sido inmejorables para Reyes de

las selvas; inútiles, por completo, para progresar indefinidamente y acercarnos así al bello ideal á que todos aspiramos, á la humana perfeccion, marcado fin de nuestro destino.

Sin embargo, endebles como somos, dominamos á los mas fieros animales; los elementos, apesar de su bravío poder, sumisos nos obedecen; el aire, el agua y el fuego, á nuestra voluntad sujetos, veneros son inagotables de riqueza, ya sirviendo para conducir nuestras naves de un punto á otro del globo, ora para arrastrar pesados trenes que trasportan con increíble celeridad nuestros productos allí donde son necesarios, ó ya como fuerza motriz de industriales establecimientos. Al temible rayo, simbolo, en la antigüedad, de sin igual poder, atributo de Jupiter Olímpico, encadenado por el hombre, se le lleva, cuando la tempestad estalla, desde la punta del pararrayos, al fondo del pozo para recibirle preparado, donde en rabiosa impotencia á si mismo se destruye; ó se le obliga á transmitir fiel é instantaneamente nuestros pensamientos, nuestras palabras, del uno al otro confin del planeta que habitamos.

Y todo esto ¿cómo lo hemos conseguido? ¿Por la fuerza? No; por medio de la inteligencia, destello divino de la Razon Suprema.

Enhorabuena que el hombre luce, ya que la lucha, en sentido metafísico considerada, no la guerra como equivocadamente ha dicho el ilustrado ponente, esté en su naturaleza; pero que el hombre luce constantemente ¿implica la eternidad de la guerra? Nada mas lejos de lo cierto, y á la confusion de estas dos palabras que ha hecho injustificadamente sinónimas, es debido, sin duda alguna, el que mi ilustrado compañero de Sociedad y profesion se haya hecho partidario de la escuela pesimista, cuando mil razones hay, y de peso todas, para asegurar que el reinado de la guerra está en el principio del fin; y lo mas raro del caso es que algunas las cita el vocal ponente sin parar mientes en ellas.

Porque, si, como él mismo asegura, y está en la conciencia de todos, hoy son mas cortos los cercos; si duran menos los combates; si no se inmolá á los vencidos, si el saqueo solo se autoriza en rarísimos casos; si las personas de los prisioneros son sagradas; si las ambulancias de la cruz roja, benéfica institucion de nuestros dias, recojen á los heridos sin preguntarles en que bando han peleado; si concluida la contienda se confunden en fraternal abrazo vencidos y vencedores, ¿Pueden significar todas estas ventajas de la guerra moderna otra cosa que enérgica protesta de la humanidad civilizada, contra el salvaje acto que la guerra acusa?

¿Y no significa mucho para los espíritus pensadores que la humanidad, avergonzada de representar eternamente el maldito drama de Cain, proteste contra él, haciéndole menos cruento, ya que no la sea dable borrarle por completo de la historia contemporánea?

¿No se han suprimido por convenio mútuo de las Naciones que en algo se estiman, las balas rojas, las camisas embreadas, los cohetes incendiarios y

otros mil objetos de destruccion, como poco nobles é inhumanos?

¿No son estos síntomas precursores de la desaparicion de la guerra que se dulcifica de dia en dia?

¿Qué General se atrevería á hacer, hoy, de los hospitales de sangre, blanco de sus baterías?

Y pasando á otro orden de consideraciones, ¿son, actualmente, tan frecuentes las guerras como en épocas anteriores? Mientras los reyes eran de derecho divino; mientras su voluntad era omnimoda; mientras absolutos Señores de vidas y haciendas, no padres cariñosos, ni administradores honrados de sus vasallos, su capricho era ley, vémosles emprender guerras terribles por lo sangrientas y largas, sin otro objeto que engrosar su rentas, aumentar su poderío, conquistar tierras para individuos de su familia, ó adquirir renombre de batalladores, cuando no para satisfacer venganzas personales ú odios injustificados de ellos ó de sus favoritos; por cualquiera de estas ruines causas que en nada afectaban á la honra y gloria de la Nacion cuyo destino les estaba encomendado, agotaban las fortunas y prodigaban hasta la exageracion las vidas de sus vasallos; por conquistar un pedazo de tierra, que al año siguiente habian de perder, gastaban inmensos tesoros de sangre y de dinero; por el erotismo de Enrique 8.^o Inglaterra negó la obediencia al Papa, y aquella disgregacion de la Iglesia Anglicana, despobló, en los reinados sucesivos, los condados, por las persecuciones contra católicos ó protestantes segun las creencias de los que ceñian la corona, distinguiéndose por estremar los tormentos contra los perseguidos; ¡mentira parece! dos reinas, dos débiles mujeres, Maria é Isabel, escepciones de su sexo.

Pero hoy que los Reyes son constitucionales; hoy que miran mas por los intereses de su Nacion, siempre en armonia con los suyos propios; hoy que las Naciones por medio de sus representantes aquilatan los motivos de la guerra, antes de declararla, y pesan los inconvenientes que puede acarrear, las ventajas que con ella se pueden obtener, y sobre todo, la justicia en que se apoya y los gastos que ha de ocasionar, las guerras van haciéndose de dia en dia mas difíciles y llegará tiempo ¡tiempo dichoso! en que para siempre desaparezcan ó en que, por lo menos, el anuncio de una cause el mismo horror que nos produce la noticia de alguno de esos crímenes, antes muy comunes, raros hoy afortunadamente, terribles por sus circunstancias y detalles y que parecen mas bien que por hombres, por hambrientas fieras cometidos.

Ademas; el gran número de combatientes que hoy se necesitan, el enorme gasto que las modernas guerras ocasionan; el perfeccionamiento siempre progresivo de las armas; la dificultad de sostener, por algun tiempo, un numeroso ejército en pie de guerra; la escasez inmediata de las cosechas; la paralización del comercio y la carestia de todos los artículos de consumo, consecuencia lójica del gran número de brazos que tienen que abandonar el arado y los talleres para llenar los huecos que en las filas de los combatientes hacen el mortífero

Remington, el krupp desolador y la insaciable ametralladora, todas estas y otras muchas causas, que en honor á la brevedad suprimo, tienden de consuno á entorpecer esas horribles hecatombes, apurando, antes de acudir á la *última ratio regum*, la diplomacia todas sus sutilezas, y sus buenos oficios, las Naciones neutrales.

Por último; las ideas, tomando un vuelo prodigioso en el pasado siglo, han hecho conocer que no la fuerza, si que la justicia, el derecho y la libertad son los objetivos del hombre en la tierra, y basado en estas ideas, se perfeccionó, fruto de los trabajos de los filósofos, el *derecho de gentes*, creado por Grocio en el siglo XVII y desconocido por completo en los anteriores siglos ¿no es este un nuevo dato, para demostrar que la guerra no será eterna? Hoy, en mantillas el derecho internacional, no puede exigirse que llene completamente su misión; pero, andando el tiempo, alcanzará el fin para que fué creado, y por lo pronto ya, aunque vulnerado por Reyes y Naciones, unos y otras tratan de aparentar que lo respetan, y aún lo respetan y han respetado efectivamente en distintas ocasiones, con la que se demuestra que es universal la creencia de que existe un derecho, al cual los pueblos han de sujetarse en sus relaciones mútuas, en vez de recurrir á las armas para dirimir sus contiendas, desapareciendo por lo tanto la guerra, el día en que este derecho, hoy embrionario, llegue á su perfecto estado de desarrollo.

Y no se me diga que mis conclusiones son pura utopía, porque alguno no pueda comprender claramente como ha de verificarse la total sustitucion de la fuerza por el derecho; en este siglo, que llamamos con bastante poca modestia siglo de las luces, nuestra razon aun no ha tomado el suficiente grado de cultura, madurez, desarrollo y firmeza para resolver los mil difíciles problemas sociales que al pensador agitan; pero esto no es razon valedera para oponer á las razonadas creencias que sostengo. Si á Colon, aunque Genovés de nacimiento, gloria española del siglo XV, génio tan grande que no pudieron comprenderle en toda Europa, salvo la excelsa Isabel I de Castilla, el Padre Marchena, la Marquesa de Moya y Vicente Pinzon, todos españoles, le hubieran dicho al avistar la tierra americana, «ese viage tan largo, tan preñado de escollos y peligros, que acabas de hacer, será dentro de 200 años un insignificante viagecillo de 12 dias y se sabrá en Palos de Moguer la llegada á Guanahani á la media hora de desembarcar en sus deliciosas playas ¿no le hubiera sorprendido? Indudablemente que sí; pero jamás hubiera contestado ¡imposible! porque ¿no era para todos tambien un imposible el hecho por él realizado?

¡Pero asegurárase á los vulgares y fanáticos contemporáneos del Papa Gregorio VII, que todo el poder de aquel hombre que tuvo á sus piés al Emperador de Alemania, haciendo pública penitencia, vestido de tosco sayal y arrodillado durante 3 dias á la puerta del Castillo de Canosa, que todo el poder temporal de aquel hombre desaparecería, y los Pontífices sus sucesores serían únicamente cabezas visi-

bles de la Iglesia, y os hubieran contestado ¡imposible! ¡estais locos!

Dijérase á Carlos I, á Felipe II, dia llegará, y no tarde, en que el Rey reine y no gobierne y hubieran envuelto al atrevido en desdeñosa mirada, como indigno siquiera de provocar su Augusta cólera.

Anunciárase á los Señores Feudales, abigarrado conjunto de guerreros y bandidos, que todo aquel poder, aquella fuerza de la que con tanta frecuencia abusaban para cometer mil desmanes en las casas de las humildes pecheros ó en la hacienda de los infelices mercaderes que por sus dominios transitaban, que aquella fuerza habia de ser deshecha al chocar contra la negra toga de pacífico é incorruptible juez y hubieran contestado, al para ellos falso profeta, con estrepitosa carcajada.

Y sin embargo, y á pesar de las opiniones egoistas de algunos, de la ignorancia de otros, á pesar de los intereses de determinados individuos, clases, parcialidades ó Naciones, el derecho sigue su magestuosa marcha, á través de los tiempos, desenvolviéndose en todas sus manifestaciones y batiendo en todas partes á la fuerza, que se defiende ahora en lo que pudieramos llamar su última trinchera, en la guerra; trinchera de la cual ha de ser tambien desalojada, como nos lo indican á una, segun hemos probado en lo que llevamos dicho, historia, religion, filosofía y política.

Hemos llegado ya al punto en que el ponente entra de lleno en la cuestion por el tema propuesta ¿Puede considerarse la guerra como un medio de civilizacion y de progreso para los pueblos atrasados? Desde luego se decide por la afirmativa y es natural que así suceda; partidario de la escuela pesimista; creyendo que la guerra es un crimen, y apesar de esto defendiendo la eternidad de la guerra; haciendo entrar ese crimen nada menos que como necesario equilibrio en el plan divino del creador, preciso era que diese á la guerra un objeto ó fin providencial que, al menos, en parte la justifique, y ningun objeto, ningun fin tan simpático como encargarla de ser la cápsula donde encerrada vaya la civilizacion de los pueblos que han sido y que serán.

Siento en el alma tener que disentir tambien en este punto del parecer de mi querido amigo y compañero, y voy, para mejor entendernos, á repetir el corto número de débiles argumentos que sienta en apoyo de su opinion.

1.º Que el comercio intelectual, solo el movimiento guerrero que se verifica en grande escala puede proporcionarlo.

2.º Que la paz eterna sería un elemento de mollicie é ignorancia.

Y 3.º Que del mismo modo que el polen de las palmeras vuela en alas del viento, así tambien la civilizacion camina en alas de la guerra.

¿Es esto cierto? Voy á contestar por partes, abusando tal vez de la indulgencia con que me honrais escuchándome.

¿Es comercio intelectual el que proporciona Breno á la humanidad, entrando á saco en Roma, casi

arrasando la Ciudad, y destruyendo los anales de los Pontífices, en donde estaba consignada la historia del pueblo-Rey, cuya fundacion aun hoy aparece medio envuelta en las tinieblas, á despecho de los titánicos esfuerzos del sabio Momsem para conocerla y para reconstruir la historia de los primeros tiempos de la Señora del mundo?

¿Llevaría Atila la civilizacion y el comercio intelectual en los cascos de su caballo ó en las pesadas ruedas de sus toscos carros, cuando, saliendo en el siglo 5.º de los espesos bosques de la Panonia, á la cabeza de sus salvajes Hunos, recorrió la Europa, devastando, cual torrente asolador, cuanto á su paso encontraba?

¿Constituye tambien época en el progreso humano, cuando en el siglo 7.º el hijo de una ramera, Amrú, célebre general de Omar 1.º segundo sucesor de Mahoma, conquista á Alejandria, centro entonces de la ilustracion y del saber, y reduce á cenizas, por orden de su Señor, los 700,000 volúmenes que aquella famosa biblioteca encerraba, haciéndoles servir de combustible por espacio de seis meses, para calentar el agua de los 4.000 baños públicos que en aquella hermosa ciudad existían?

¿Son los turcos tal vez los encargados por la Providencia de civilizar el Occidente, cuando en el siglo XVI sus indisciplinadas hordas entran á sangre y fuego por Europa, que toda entera hubiera caido en su poder, á no haber pasado á Austria con formidable ejército Carlos I de España, y obligado despues de varios afortunados encuentros, á firmar la paz en 1533 á Soliman el Magnifico?

¿Que gana la civilizacion con que España pasèe durante todo el siglo XVI sus victoriosas armas por la mayor parte de Europa? ¿Qué mision providencial, que comercio intelectual podian llevar las picas y los arcabuces de nuestros invencibles tercios castellanos, si, entonces, raro era el soldado que sabia leer, y las artes y los oficios, y el comercio y la industria, eran, como viles, despreciados por los Españoles, que, aventureros en América, soldados en Flándes y frailes y mendigos en su patria, dejaban enriquecerse á los extranjeros, judios, moros ó venecianos, entre quienes se vincularon la riqueza, las artes y la industria?

¿Qué la paz eterna sería un elemento de ignorancia! ¡Cómo! Es por ventura en la guerra, es quizá batiéndose, es acaso llevando la desolacion, el incendio y la muerte, á los países que no hablan como nosotros, que no piensan como nosotros ó que como nosotros no visten; es entre el fragor del combate, es al ronco son de los bélicos tambores, es á la rojiza llama del incendio é inspirados por los penetrantes quejidos, por los lastimeros ayes, por las horribles imprecaciones de los heridos ó por el doloroso y anhelante estertor de los moribundos, donde Cervantes escribe su inmortal Quijote; donde el americano Fulton consigue aplicar á la navegacion la fuerza motriz del vapor; donde el Prusiano Copérnico concibe su sistema planetario; donde el Inglés Newton descubre la gravitacion universal, el cálculo diferencial y los telescopios de reflexion; donde el Aleman Guttemberg idea la imprenta;

donde el Americano Franklin logra con el pararrayos quitar el poder destructor á las nubes, arrancándolas de su mismo seno sus chispas de fuego; donde Morse, tambien Americano, aplica la electricidad al telégrafo, para que las ideas cundan con la rapidez del rayo, por todos los ámbitos del orbe? ¿Es á favor de la guerra, como el Inglés Jenner ensaya felizmente en su patria la vacunacion, arrancando así miles, millones de víctimas á la repugnante epidemia variolosa?

¿Inventan, aplican y descubren en la guerra y por la guerra, Bell y Edison sus teléfonos y fonógrafos Crookes; la materia radiante; el artillero Español Cabanyes, el Fotógeno; Pintsch y Pinschon sus boyas de gas para iluminar el océano; los mecánicos de todos los países sus numerosas máquinas, que, al sustituir en el trabajo puramente material, bruto, digámoslo así, al hombre, le dignifican; los poetas, los inspirados y amorosos versos que agradan y dulcemente cautivan el espíritu, y los legisladores, los moralistas, los filósofos de todos tiempos las leyes que se han de seguir, los derechos que se han de ejercitar, los deberes que se tienen que cumplir para progresar indefinidamente en el largo y áspero camino de la humana perfectibilidad?

Hoy que los maestros de escuela han desterrado, por brutal y absurda, la famosa sentencia *la letra con sangre entra*. ¿Creeis necesario matar al hombre para civilizarlo? ¿Tampoco vale el hombre, en tampoco nos estimamos, que hemos de creer que solo á fuerza de palos puede hacerse progresar al Rey de la creacion?

¿He aquí los tristes efectos de nuestro carácter meridional, escesivamente impresionable! Vemos, leemos ú oímos que la guerra es en si misma civilizadora; el que tal afirma ó escribe, cita un invento, un descubrimiento, un paso dado en el camino del progreso, uno, diez ó veinte años despues de concluida una guerra y con frases escogidas le hace ser preciso, matemático corolario de aquel sangriento teorema, y sin pararnos á reflexionar, seducidos tal vez por su florido lenguaje, exclamamos. ¡Si, la guerra es civilizadora! ¡Si, la civilizacion no puede concebirse sin la guerra!

¡Error! ¡lamentable error! á poco que se reflexione sobre ello, se comprenderá perfectamente que el mundo marcha, no por la guerra, sino á pesar de la guerra; se comprenderá tambien que está tan encarnada en nuestro ser la idea del progreso, idea infundida por Dios mismo al concedernos, como á su obra predilecta, una chispa divina de su inmortal esencia, que de las cenizas á que la guerra reduce pueblos y civilizaciones, salen nuevas civilizaciones, nuevos pueblos mas briosos, mas potentes, mas decididos á caminar sin detenerse por la accidentada senda del progreso.

¿Puede algun mortal formar cabal concepto de la altura á que nuestro siglo se encontraría, si el talento gastado en inventar artefactos, útiles, armas para la guerra, si el dinero invertido en sostener ejércitos en campaña y si los hombres sacrificados

en las humanas discordias, se hubieran aplicado á la sombra de la paz, á promover nuevas industrias, á especulaciones científicas de aplicación a las artes, á trabajos para desarrollar la riqueza del suelo, nunca ingrato para quien con su sudor le riega?

¿Quién ha hecho mas por la humanidad; Lesseps, canalizando el istmo de Suez y evitando, por lo tanto, á los marinos los trabajos y peligros de una arriesgada navegacion por el cabo de las tormentas, ó Alemania sacrificando cientos de miles de hombres y miles de millones de francos para anexionarse la Alsacia y la Lorena? ¿el Sueco Nordenskjöld uniendo con el descubrimiento del paso del Noroeste, el Atlántico y el Pacífico, ó Rusia, dividiendo á la desgraciada Polonia?

!Como quiere demostrarse que la guerra es civilizadora, porque lleva á otras razas, á otros pueblos y á otros climas; los pensamientos, los adelantos, las artes y hasta las costumbres, ora del pais de donde los combatientes vienen, ora del que conquistan, al regresar los conquistadores, hoy que la electricidad y el vapor han acortado inverosimilmente las distancias y han echado abajo las fronteras?

¿Cómo puede asegurarse que la guerra es civilizadora, si cuando el cañon habla, la estatua de la ley se cubre con tupido velo, la justicia enmudece, el comercio decae, la industria se paraliza, los capitales se esconden, las pasiones se desbordan, y la razon, avergonzada, llora!

¿Qué elemento civilizador es ese que así lleva la parálisis, la atonía, ó la muerte á todas las grandes manifestaciones de la vida social?

Mientras los Fenicios se conformaron con comerciar en nuestra patria, el litoral se cubria de hermosas y ricas ciudades de donde irradiaba la civilizacion para todos los ámbitos de la Península; pero cuando quisieron convertirse en Señores; cuando prefirieron á las legítimas ganancias de su tráfico, las criminales usurpaciones de la conquista; cuando cegados por la ambicion y engañados por el dulce trato de los indigenas, creyeron fácil convertir a los amigos en esclavos, los ibercs empuñaron las armas y su único objetivo fué, desde entonces, defender el suelo que nacer les viera contra los ataques de los hijos de Sidon y Tiro, deteniendo por lo tanto el progreso su marcha, mejor dicho, cayendo envuelto entre las ruinas de los pueblos demolidos por el furor de los combatientes, y si al restablecerse pasajeramente la paz aun existía en nuestro suelo algo de la civilizacion fenicia, poco era en comparacion del grado á que llegar podido hubiera en igual tiempo de no haberse encendido la tea de la discordia, y aun así y todo, este exiguo progreso no era debido ciertamente á la guerra, sino salvado de sus furoros del que mucho mayor habia sabido implantar en España el comercio á la sombra de la paz benéfica y sin derramamiento alguno de sangre, que, á cuanto toca esteriliza.

Theodoros H, auxiliado por los ingleses Bell y Plowden, consul general, este último, de Inglaterra en Gondar, por aquel tiempo, hace marchar á paso agigantados, hacia la mitad de la corriente cen-

turia, el Imperio de Abisinia por la senda del progreso; pero cuando las exigencias de la politica inglesa llevan la guerra á aquella region Africana, so pretexto de exigir necesarias satisfacciones, Lord Napier al alcanzar completa victoria en Magdala sobre las fuerzas Abisinias, allí reconcentradas, peleó por la causa de la barbarie que volvió en aquel imperio á entronizarse, tan pronto se consumió el suicidio de Theodoros, que no quiso sobrevivir á su derrota.

Pero aun suponiendo que alguna vez haya alguna nacion dado algun paso en el camino del progreso, paso que se crea consecuencia precisa de la guerra, ¿demostraría esto que la guerra es en sí civilizadora?

El detestable, el horrendo crimen del Deicidio, dió por resultado la redencion del género humano, y del pié de la cruz arranca precisamente la civilizacion moderna, ¿habrá quien se atreva, sin embargo, á afirmar que el crimen es en sí fecundo en bienes; que el crimen es altamente civilizador; que el crimen limpia de pecado?

¡Oh! no confundamos, por Dios, en los hechos realizados, la parte por el hombre llevada á cabo con la Divina por la Providencia para ella reservada.

Enhorabuena, vuelvo á repetir, que el hombre luce, ya que la lucha está en su naturaleza; pero que luce tomando por armas la pluma, el buril, el pincel el arado y la lanzadera, y que, auxiliado por la imprenta, por el vapor y la electricidad, esas tres fuertes palancas de la civilizacion, que vuela en sus alas como en las del viento el fecundante polen de la palmera, tenga por campo de batalla, único digno de su noble estirpe, las exposiciones universales, donde, sin los horrores de la guerra y mucho mejor que en esta, puede proporcionarse el comercio intelectual, tan necesario para el progreso humano.

No quiero molestaros mas; bastante bondadosos habeis sido conmigo sin merecerlo, escuchándome benévolo; voy, pues, á concluir.

La guerra no es en sí misma civilizadora, antes al contrario, retrasa, para, con sus violentas sacudidas, la magestuosa marcha de la civilizacion; así que, cuanto mas la humanidad avance por este camino, tanto mas las guerras se harán difíciles, hasta que, alcanzando la humanidad el grado de cultura necesario, desaparezcan por completo las fratricidas lides, cumpliéndose de este modo la profecía de Isais. «Los pueblos forjarán arados de sus espadas, y de sus lanzas hoces; no alzará la espada una nacion contra otra nacion, ni se ensayarán mas para la guerra, y entonces, y solo entonces, podrá el hombre considerarse como ser perfectamente racional.

HE DICHO.



(Conclusion.)

Memoria, de los trabajos hechos por la Junta directiva de la Liga de Contribuyentes de Burgos durante el año de 1879, cuarto de su creacion, leida en Junta general celebrada el dia 15 de Febrero de 1880, por el Secretario de dicha asociacion D. Federico Martinez del Campo.

Meeting libre-cambista, sobre las reformas arancelarias en las Antillas; de la asociacion para la reforma de los Aranceles de aduanas. = Sesion publica del dia 22 de Febrero de 1880. Tema de discusion. = Las reformas arancelarias en las Antillas. = Folleto en 4.º con 64 páginas.

Boletin de la Sociedad económica Barcelonesa de Amigos del Pais, con el dictamen sobre la crisis actual y medios que podrán emplearse para que desaparezcan ó disminuyan sus efectos.

Boletin-Revista de la Sociedad económica de Amigos del pais de Leon, que ha empezado á publicar á principio de este año.

El nuevo Ateneo, revista científica, literaria, artistica, de intereses y noticias locales y generales que se publica en Toledo, todos los Domingos bajo la Direccion de D. Federico Latorre y Rodrigo.

La Ilustracion Castellana, Revista de intereses materiales, Ciencias, Literatura y Artes, organo de la Institucion libre de enseñanza de Valladolid que se publica cuatro veces al mes.

Acta de la sesion extraordinaria pública y solemne celebrada por la Sociedad económica gaditana de Amigos del pais, para la proclamacion de los premios adjudicados en la Exposicion regional, el 19 de Octubre de 1879.

Discurso pronunciado por D. Pedro Bosch y Labrus en la informacion lanera siguiendo en el uso de la palabra á D. Gabriel Rodriguez en los dias 22 y 24 de Noviembre de 1879. = Folleto en 4.º con 38 páginas.

Discurso pronunciado por D. Pedro Bosch y Labrus con motivo de la interpelacion sobre la adjudicacion de los ferro-carriles del Noroeste en los dias 11 y 15 de Marzo de 1880. = Folleto en 4.º con 30 páginas.

El Eco de la produccion; revista de intereses económicos y conocimientos útiles; organo del instituto de Fomento del trabajo nacional (Barcelona); se publica los dias 1.º y 16 de cada mes formando un cuaderno de 32 páginas; el número 1.º ha aparecido el dia 1.º de Abril, esta publicacion aparece para sostener con decidido empeño las ideas proteccionistas y su objeto exclusivo «el desarrollo de los elementos productores de la Nacion Española en todos sus ramos y manifestaciones, el impulso de sus ade-

lantos y la defensa de sus intereses legitimos. Cuesta 3 pesetas al trimestre; se suscribe, Pino, 5. principal, Barcelona.

Catálogo de maquinaria, aparatos, herramientas y materiales para ciencias y artes, agricultura, manufacturas y construcciones por el Centro industrial mecánico, calle de D. Martin, 7. Barrio de Arguelles. = Madrid.

Boletin de la Union fabril y mercantil de Barcelona.

Segundo meeting libre-cambista sobre las reformas arancelarias en las Antillas. = Folleto en 4.º con 69 páginas.

Anales de la Sociedad Económica de Amigos del Pais de las Palmas de la Gran Canari, 1879. = Folleto en 4.º con 195 páginas.

Prospecto, de el dibujo en sus aplicaciones alarmanes industriales en una especie de cartillas destrozadas á las clases de dibujo de la Escuela central de artes y oficios de Madrid por Don Manuel Antonio Capo.

Varios documentos relativos á la próxima Esposicion que ha de celebrarse en Madrid, de plantas, flores y aves, con datos referentes á los premios y organizacion de aquella.

(Se continuará.)

SUETOS.

El Sr. D. Nicolás Diaz y Perez, Bibliotecario de la Económica matritense, ha remitido á esta Sociedad un gran número de libros y folletos, (varios de ellos de que es el mismo autor el Sr. Diaz), los que oportunamente daremos á conocer á los Señores Sócios y de cuya atencion deferencia se dará cuenta en la próxima Junta general.

Desde luego reciba el Sr. Diaz y Perez el agradecimiento de esta Sociedad.

En la próxima Junta general se discutirán el Informe y voto particular que se insertan en este número, cuyas páginas se han aumentado con objeto de que puedan ser leidos y estudiados con mayor facilidad por los Señores Sócios, haciendo su insercion íntegra en un solo número.

AVISO.

El dia 15 se celebrará la Junta General ordinaria á las ocho de la noche suplicando la asistencia á los Sres. Sócios.

Imp. de la V. de Alba á cargo de Santiuste.